



DEL IMPACTO A LA CONVERSIÓN

Estar impactados no es lo mismo que estar convertidos

Escrito dominical, el 8 de marzo

La conversión es la asignatura pendiente de toda nuestra vida. Nunca estamos convertidos del todo. Siempre estamos en camino. Los grandes maestros del espíritu –místicos, santos, teólogos de la vida espiritual– hablan de, al menos, tres conversiones a lo largo de nuestra existencia. Y lo hacen para que no vivamos solo de impactos. Porque los impactos, vividos desde la fe, son necesarios; nos despiertan, nos sacuden, nos hacen abrir los ojos. Pero no bastan. Si no descienden al corazón y no transforman nuestra manera concreta de vivir, se quedan en emoción pasajera. El verdadero fruto del impacto es la conversión del corazón, esa que nos lleva a vivir en lo cotidiano «con los sentimientos del Corazón de Cristo».

1. Primera conversión: el encuentro con Jesucristo. Es el impacto inicial, el encuentro vivo con Jesucristo. Un acontecimiento que nos cambia la vida, el corazón, el paisaje interior; que nos deslumbra hasta dejarnos encandilados por el amor de Cristo. San Pablo, al narrar su experiencia en el camino de Damasco, tiene claro que aquel encuentro con Jesús le impacta, le abrumba y le deslumbra. Todo cambia en un instante. Pero él mismo comprende que no es más que el inicio de un camino que tendrá que recorrer durante toda su vida. En Damasco, Pablo se encuentra con Jesús y todo cambia. Pero su corazón todavía tendrá que dejar de ser fariseo. La primera conversión no lo resuelve todo; abre un proceso. Será un camino que durará toda la vida hasta poder decir con verdad: «Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí».

También Charles de Foucauld, cuando se encuentra con Jesús, llega a decir: «Cuando descubrí que existía el Señor, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir solo para Él». Ese descubrimiento fue un impacto radical, una luz que reorientó toda su existencia.

2. La segunda conversión: el encuentro con el Crucificado. La segunda conversión es el encuentro con el Crucificado, con la cruz. Se manifiesta también en Pablo cuando vive el fracaso en Atenas. Esa experiencia hiere su entusiasmo inicial, lo desinstala. Y entonces llega a decir que no volverá a predicar más que a Cristo, y éste crucificado. Es el paso del Cristo admirado al Cristo abrazado en la cruz. Es la purificación del éxito, de la eficacia, del reconocimiento. Algo parecido les ocurre a muchos santos. El hermano Rafael, Teresa de Jesús, o Teresa de Calcuta, experimentan que la cruz toma derecho de ciudadanía en su vida a través de una enfermedad, un fracaso, una oscuridad interior, un problema que les desborda. La fe deja de ser solo entusiasmo y se convierte en configuración con el Señor crucificado. En esta segunda conversión aprendemos que seguir a Cristo no es solo sentir su amor, sino compartir su entrega. La cruz ya no es teoría; es experiencia. Y en esa experiencia el corazón se hace más humilde, más semejante al suyo.

3. La tercera conversión: desde la fragilidad vivida con misericordia. La tercera conversión es la del abandono total en sus manos, vivida con infinita confianza. Es la conversión de la fragilidad asumida con misericordia. San Pablo, con los años, habla de un «aguijón» que le hiere. Suplica al Señor que se lo quite. Y el Señor le responde: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad». Aquí se da el paso decisivo. Ya no se trata solo de comenzar con entusiasmo ni de abrazar la cruz en el sufrimiento, sino de permanecer en su Amor cuando uno experimenta sus límites, su pobreza, su debilidad persistente. Esta tercera conversión dura hasta el final de la vida. Pero estar impactados no significa estar convertidos. Podemos haber tenido experiencias fuertes, pero la pregunta decisiva es: ¿Mi corazón ha cambiado? ¿Mi manera de amar es más parecida a la de Cristo? ¿Mi vida cotidiana refleja su humildad, su misericordia?

Pidamos con humildad al Señor: conviértenos, arranca de nosotros el corazón de piedra. No permitas que vivamos de recuerdos espirituales ni de entusiasmos pasajeros. Llévanos del impacto a la transformación, del entusiasmo a la cruz, de la cruz a la confianza plena. Que esta Cuaresma no pase sin que demos un paso real hacia Ti. Que podamos vivir, sufrir, amar y esperar «con los sentimientos del Corazón de Cristo».

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España